

INTROITO

En El Espinar nací mientras aullaba el invierno. Nací de noche, noche fría y oscura como boca de lobo, como esa boca de lobo con la que el destino me lanza crueles dente-lladas, despiadado y feroz como el animal con que le com-paro. El Espinar, como usted bien conoce, es un pueblo humilde y serrano que se cobija del frío agazapado entre las claras montañas segovianas, al pie del Alto del León o de Guadarrama o de Tablada, que no hay quien se aclare. Por allí anduvieron los romanos y los árabes, incluso los fran-ceses siglos después con el mismísimo Napoleón, y también hay quien jura haber visto a un expedicionario de las gue-rras africanas, moro y renegrado, pidiendo de beber junto al altozano en una de las escaramuzas de la guerra, la Civil, que de todas las que se aliviaron en el solar patrio resulta difícil acordarse. ¡Qué lejos estaba entonces de imaginar que habría de escribir estas líneas, en atención solícita a su gentil propuesta de contarle todo lo ocurrido no en el parto que me arrojó al mundo en noche tan poco amable, sino en mi periplo existencial y tras las vicisitudes y carambolas de la suerte que nos pusieron en contacto! Créame cuando le ex-preso mis dudas sobre mis aptitudes para ponerle por es-crito las pequeñas aventuras de mi vida, pero me pliego a

su insistencia más por no ofenderle que por considerar mis cualidades literarias de algún valor¹.

Si piensa usted que porque estudié Filología me aprovecharon más allá de lo apenas, las amenas y bien escritas monografías, traducciones, manuales, críticas y demás literatura de obligada o voluntaria lectura recorridas a lo largo de la carrera para poder plasmarlo en estas cuartillas con una cierta galanura y estilo, temo su decepción. No es lo mismo leer que escribir, tanto menos para los estudiantes, que nos vemos obligados a leer de todo y de cualquier manera por el más nimio motivo, muchas veces sin ganas, después de cenar, cuando el cerebro, embotijado y sumido en los horrores de la digestión, rechina alrededor de su eje como rueda de molino mal engrasada y progresa entre las páginas a la manera de sufriente burro, esclavo de la noria, aturdido por la algarabía de los interminables cangilones. Tanto es así que hay quienes ya no piensan, solo leen, por donde se viene a dar en que el leer embrutece. Ya avisaba Séneca: *Distrahit animum librorum multitudo*², y no recuerdo quién: *Libri quosdam ad scientiam, quosdam ad insaniam deduxere*³.

Acaso más cercano quede el testimonio de don Alonso Quijano, vuelto lúcido majadero por un atracón de letras y, si quiere más ejemplos, no tiene sino que asomarse a los pasillos de las universidades. Verá allí todo tipo de individuos extraños, amojamados unos, pánfilos otros, con caras de iluminados o profetas, como ausentes, blancuchos, que

¹ Ya le prevengo que escribiré a la pata la llana, como se suele decir. No le extrañe encontrar palabras que no se encuentran más que por la calle, que me gusta a mí hablar en prosa, como a santa Teresa, y no perderme en perífrasis expletivas.

² Traducción libérrima, pero propia: «Muchos libros atontan mucho».

³ Traducción libérrima, pero propia: «Los libros condujeron a unos a la sabiduría, a otros, a la locura».

pasan sin fijarse dónde pisan ni a qué huele y, para contrastar, como alborozado contrapunto, atisbar luego en los bares de las mismas, donde hallará alegres y dicharacheros gaudules con carnés de estudiantes sumidos en interminables partidas de mus, por lo moderno, exigiendo a gritos pinchos de tortilla, haraganes, bulliciosos; leen aquellos, mēnudean estos; releen los unos, se apuntan a la tuna estos. En ambos extremos dan esos templos del saber y la lectura, corte del folio, partenones de la fotocopiadora, aunque se encuentren algunos otros de mayor o menor aprovechamiento. Pero, en fin, usted me lo pide y no puedo faltar a la deuda de gratitud que he contraído con usted cuando me recogió de aquella boca de metro donde llevaba varios días de inquilino.

La había realquilado a un mendigo propietario de tres bocas, una suya y dos de metro, aunque la propia bien pudiera decirse de metro y medio, que le cabían las barras de pan de través y no enfiladas como solemos los más, enlazadas entre sí por un pasillo no muy largo, no las barras, las bocas, las del metro, no la suya. Eso le posibilitaba vigilar ambas sin mucho esfuerzo, sobre todo cuando cae la noche, ese momento en que quien más quien menos busca donde refugiarse y hallar cómodo cobijo. Quienes siempre han tenido a su disposición una cama donde dormir no se aperciben de estas cosas, pero cuando se llega de nuevo a una ciudad sin un duro⁴ en el bolsillo ni esperanzas de tenerlo, la mirada se aguza y aparece un como séptimo sentido o una suma y reunión de los otros seis, quizá el aquinático «sensorio común», mediante el cual se logra *apercibir* (en sentido husserliniano) esos pequeños recovecos en los que encontrar acomodo y menudencias

⁴ Duro: antigua moneda española de cinco pesetas, o sea, un céntimo y algo de los euros actuales. Descontados inflación e IVA... hasta te toca pagar si tienes alguno.

con las que poder alimentarse. De donde yo venía no podía haber ejercitado estas dotes de la misma manera, pues, por ejemplo, no había metro, ni serenos, ni tampoco el mismo ejército de guardias municipales, policías nacionales, guardas jurados, perjurados, rejurados, vigilantes varios o matones asustadores. Los pobres de solemnidad y arrojados de la vida somos fácilmente identificables, nos amilana cualquier amenaza y sobre nosotros ejercen toda su autoridad despótica los edecanes del dinero y la propiedad, aunque se les escape el ladrón arriesgado o el facineroso, tanto más si lleva algún arma con la que amedrentar el escaso sueldo que sirve de romo acicate a su vigilancia.

¡Ve usted...!, a poco de ponerme a describir esta mi vida ya se me escapan las críticas que tanto me han hecho sufrir y que son, en gran medida, la causa del estado en que me encuentro, o en el que me encontraba cuando usted me recogió mientras lamía mis heridas en esa fría noche en que sin comerlo ni beberlo, sin ser esto metáfora, pues hacía dos días que no había hecho lo primero, aunque sí lo segundo, me vi en la calle de la Oca (metro Oporto). Beber se consigue fácil en Madrid gracias a la munificencia del señor alcalde, quien mantiene las fuentes limpias y agradables tanto en invierno como en verano, y a los retretes de las estaciones de Renfe, donde además puede uno lavarse la cara y pasarse el peine por los cuatro pelos que aún me adornan el antes poblado cráneo. Para comer... la cosa se complica. Ya lo contaré más adelante. Estas críticas y el haber sido echado para adelante o *palante*, que mejor diría la gente o *pa' adelante* que escribiría un entendido o catedrático en expresiones populares por el prurito de dejar constancia de la popularidad de la expresión sin olvidar su incorrección léxica, me torcieron la suerte, el destino, las parcas, y como un Edipo transmutado, contemporáneo y enceguecido, me vi obligado a huir de mis propios

actos sin tener rumbo fijado ni navegante experto que orientara mi frágil esquife hacia puertos tranquilos. Fiado únicamente de mis luces no acerté con la bocana, sino que me di de bruces contra las rocas que rodean la entrada de la vida muelle.

No quiero repetir lo mismo en estas líneas, pues, como voy advirtiéndolo, ya me extravió en el propósito y en vez de escribir las cosas con un cierto orden he comenzado por el final, más o menos, de manera que quien lo lea apenas entenderá nada y usted mismo no se aclarará tampoco del curso de los acontecimientos. No crea que lo hago por esa caritativa promesa suya de pagarme lo que escriba a tanto la página, ni que esté pensando en rellenar hojas sin otra intención que aumentar la cantidad de dinero que pudiera darme o siquiera por el deseo de hacer perdurar esta estancia en su casa, que supongo habrá de terminar cuando termine yo de escribir y usted de leer este escrito que ahora comienzo. No se trata de eso, no, sino más bien de la misma inconstancia que ha presidido mi vida y que me llevó de un sitio a otro, de una situación a otra y de aquí para allá sin que yo lo quisiera, sin tener control sobre ello, sino por pura inercia de las cosas, inercia tan resabiada que se salta a la torera el segundo principio de la termodinámica, y más se asemeja a una fuerza que a una inacción.

Ya he dicho antes que yo nací en la Muy Ilustre Villa de El Espinar, en Segovia. No trato de emular con este comienzo a mi paisano Don Pablos, ni mi historia es semejante a la suya, ni los tiempos en que él vivió y yo vivo son iguales, ni siquiera parecidos, pero, con todo, resulta cierto que ambos nacimos en Segovia, yo en pueblo, él en ciudad, aunque al poco, siendo aún tierno infante, me fui a vivir a la capital, muy cerca de donde él estuvo recogido y ayuno con el Dómine Cabra, por encima del arco de San Andrés, una de las antiguas puertas